

Sentido político de las narraciones de jóvenes de Colombia en conflicto

*Andrés Darío Calle Noreña**

Profesor Universidad de Manizales, Colombia.

Dimensiones del conflicto, desde el sentido político

Dimensión ontológica

Los jóvenes de los grupos de estudio en general, y de manera especial los universitarios, ven el conflicto como ‘una tensión constante’ que hace parte de la vida diaria; lo identifican con la vida misma. Lo narran así: *la vida es conflicto*. Esta tendencia se precisa como una tensión permanente que es propia del ser humano e implica cambio, apertura, choque, novedad.

Esta consideración tiene hondas repercusiones políticas. María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana López, cuando abordan el siglo XIX en Colombia, apuntan que hubo un

(...) surgimiento de una retórica muy eficaz sobre la justeza, la necesidad o la inevitabilidad de la lucha armada, con el propósito de que los derramamientos de sangre, las depredaciones y los atropellos propios de los eventos bélicos adquiriesen sentido y significación para las gentes que los sufrían y a su vez, para

* Comunicador social. Correo electrónico: adcn@umanizales.edu.co

distinguir las de otras violencias sin justificación y sin dimensión pública.¹

Se trata entonces de contraponer lo que dicen las narraciones con otras posturas, que tal vez sean las que determinen las acciones políticas en la actualidad. Precisamente entender que el conflicto es constitutivo del ser y de la vida pide enfocar otros conflictos diferentes a los del combate violento, porque la existencia contiene infinitud de conflictos. Esto deja al descubierto interpretaciones de los fenómenos históricos, tanto recientes como de otras épocas, que son el sustento de acciones y de prácticas políticas constatables, reales, concretas.

Una primera interpretación, de la que habla y la que discute Estanislao Zuleta, es entender que la *paz es la ausencia de conflictos*. Esta visión es muy riesgosa porque incita a eliminar a toda costa las causas de conflicto y, de paso, propone un pacificación que equivale a una situación estática y categórica; incluso puede exacerbarse hasta el punto de que, como ha sido lo propio del gobierno anterior en los dos periodos de Uribe Vélez, se llegue a *negar que haya conflicto* para imponer el orden supuestamente legal de manera autoritaria; insistir en que no hay conflicto es la manera más directa de desacreditar o de suprimir todo disenso y oposición. O también otra interpretación es la de suponer que todo se puede descifrar con el código de la guerra, o del terrorismo, que todos los conflictos son uno solo.

Precisamente hay que distinguir entre el conflicto, y mejor, la pluralidad de conflictos, y la 'inevitabilidad de la guerra'. Porque hay otros conflictos que no son los armados; porque no es inocuo evitar o evadir los conflictos; porque éstos pueden dinamizar la vida social y de cómo se traten las personas en conflicto, o conflictivas, dependerá la posibilidad de cambiar

1 Uribe, M. y López, L. *Las palabras de la guerra. El mapa retórico de la construcción nacional. Colombia, Siglo XIX*. Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades. Año 4, N° 9 Primer semestre de 2003. ISSN 1575-6823. <http://www.institucional.us.es/araucaria> p. 2.

Agregan las autoras: "Es preciso señalar que en Colombia, y quizá también en la América Hispánica, los lenguajes políticos de la modernidad vinieron de la mano de las guerras, estuvieron imbricados con ellas, les prestaron a éstas sus vocabularios y referentes analíticos; es decir, las guerras fueron el recipiente donde se fue configurando una retórica muy especial que contribuyó a instalar, en los tiempos de la larga duración, una imagen trágica de la Nación y la figura del ciudadano en armas".

no sólo los conceptos de *ser humano* sino las relaciones interpersonales y -en la modernidad- públicas.

Hay que hacer claridad en cuanto a que en este país hay violencias dentro y fuera de la guerra; en las culturas, en los lenguajes, en el seno de las comunidades y familias, en los ámbitos privados y en los públicos. Por esto también es una falacia sostener que todo se puede arreglar con la suspensión de la guerra o con la entrega y reinserción de los combatientes.

En toda la historia, la guerra ha sido una manera de exacerbar los conflictos. Sin embargo es diferente cuando la guerra es regular y la violencia es ejecutada dentro del Estado y por el Estado, cuando se hace en contra de este mismo Estado, y cuando se hace por fuera de la ley, para atacarse entre unos y otros actores armados con la connivencia de los poderes públicos. Hace falta, en estas circunstancias, proponer una tipología de las guerras y estudiar si la guerra causa todos los conflictos, o si éstos derivan en las guerras. Guillermo González Uribe, en un artículo sobre *Cultura, medios, política y guerra*, hace un análisis de los actores armados, y explica que: “Las fuerzas armadas deben estar únicamente al servicio del Estado. Lo ideal para un Estado democrático es que el monopolio de las armas esté en manos de sus fuerzas regulares y que ellas actúen dentro de la Constitución y la ley protegiendo la vida y honra de todos los ciudadanos.”² En este punto hace alusión a la confluencia de actores que ejercen la violencia dentro y fuera de la ley, y en el caso colombiano, muy particular, este autor señala que los militares apoyan la justicia privada. Todo esto para llegar a la pregunta central, del mismo analista: “¿La guerra es la causa de la crisis nacional, o la guerra es consecuencia de problemas estructurales del país?”³

Por lo demás hay que profundizar en la relación entre la guerra y el ejercicio de la política. Porque hay guerras enmarcadas en el interés de lo público, como cuando se persiguen la defensa y la seguridad nacionales, y hay otras que benefician en particular a unos ‘señores de la guerra’; en este caso se puede hablar de la privatización de la guerra y de una empresa de violencias.

2 González, G. *Cultura, medios, política y guerra*. Revista Número. 32. Septiembre- Octubre, 2010.

3 Ídem.

Boaventura de Sousa-Santos expone que: “El Estado ha sido desde el Siglo XVII y sobre todo desde el siglo XIX, la unidad política fundamental del sistema mundial y su impacto sobre los demás espacio-tiempo siempre fue decisivo”.⁴ Este autor estudia los espacio-tiempo de *lo doméstico*, de *la producción*, de *la ciudadanía* y de *lo mundial*. Colombia, para este estudio, tiene choques por dentro y por fuera entre sus espacio-tiempo. Se puede decir que su mundialidad está determinada por los Estados Unidos, y en cambio, por dentro no hay un proyecto de nación y priman unos espacio-tiempo domésticos sobre otros. Por lo demás, la ciudadanía está supeditada a la producción; esto es, la participación política está fijada por el poder adquisitivo. Desde cierta perspectiva el Estado es preponderante frente a los ciudadanos; pero desde otros puntos de vista está conculcado por poderes privados, y muy sometido a las potencias internacionales. Además, de Sousa habla del repliegue que sufre el Estado cuando “pierde el monopolio de la violencia legítima que durante dos siglos fue considerada como su característica más representativa”.⁵

La política se puede asumir perfectamente como una pluralidad de conflictos civiles susceptibles de ser apropiados para promover el bien común de la gran mayoría, esto supondría de manera clara hacer críticas al sistema. Los conflictos, en sentido político, son las tensiones del ejercicio del poder. En Colombia y concretamente en las regiones analizadas hay grandes dificultades para hacer un tránsito entre las organizaciones comunitarias y las sociales⁶; según Weber,

4 De Sousa-Santos, B. *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Siglo del Hombre Editores. Ediciones Uniandes. Universidad de los Andes. Bogotá. 1998. p. 413.

5 Ídem.

6 “Del contrapunto entre los textos y los contextos, resulta un amalgamamiento bien sugestivo; el ciudadano moderno de los textos constitucionales termina confundándose con el vecino de las poblaciones coloniales; el contrato social, expresión de la voluntad general, se recrea a través del viejo pactismo entre los pueblos y el soberano y más que un demos, conformado por individuos libres y autónomos que desarrollan su acción en la esfera pública, continúa vigente la idea de una Nación orgánica, constituida por etnias, estamentos, vecindarios y localidades, que pactan diferencialmente sus prebendas, derechos y garantías, con el nuevo soberano, representado ahora por la República” *Ibidem*. p.3.

En el texto *Órdenes complejos y ciudadanías mestizas* se desarrolla un acercamiento histórico y político al proceso de configuración de ciudadanías en el siglo XIX colombiano. Ver: María Teresa Uribe de H. *Órdenes complejos y ciudadanías mestizas*. Estudios Políticos No 12 Medellín. Instituto de Estudios políticos. Universidad de

entre expresiones de autoridad colectiva y otras de carácter individual o individualista; entre una concepción del mundo desde las culturas y otra desde la civilidad moderna, occidental. Este tránsito entre lo premoderno y la modernidad, o entre la modernidad postergada y la *posmodernidad*, como se le quiera llamar, es un proceso trunco e incoherente, forzado y quizás forzoso; constituye un núcleo de conflictos ineludible y una matriz fundacional para propugnar cualquier proyecto de nación.

Todo haría pensar que quienes gobiernan, manejan y deciden sobre estas tensiones, lo hacen en beneficio propio y usurpan el poder y lo ejercen en menoscabo de los civiles, de los más pobres e indefensos; de otra manera no estarían como están. Afirma González Uribe: “El sistema vigente en Colombia es injusto, corrupto, inequitativo y excluyente”⁷. Se ha dado como un presupuesto de la consolidación de un proyecto nacional hegemónico, que si el orden no es autoritario, tradicionalista, premoderno, entonces se entra en conflicto y éste deviene en violencia, en guerras. Siempre hay que tener una excusa para mantenerse en pie de lucha, da lo mismo si el enemigo es el infiel musulmán, el indígena bárbaro, el comunista, el terrorista, el sindicalista, el *raspachín* (el obrero que recolecta la hoja de coca), el que sea, otro cualquiera. Pero estas afirmaciones ya exceden los límites de la investigación y pasan al campo práctico de la política.

Concentrarse en los conflictos armados, instigarlos, mantenerlos, también favorece el exterminio de quien produce, en este sentido, el conflicto; de quien lo personifica y encarna. Esto, en los campos que visitamos, no es una simple metáfora. El *otro* es quien pone el problema; el conflicto son los otros; por ellos hay conflictos, esto también es ontológico; ergo, para que no haya conflictos y haya paz por fin, hay que salir de los otros. Es toda una paradoja, porque así, negar el conflicto se convierte en la estrategia para justificar *la inevitabilidad de la guerra*. Hay quienes llegan a juzgar la violencia que ejerce el Estado, de manera legal e ilegal, cuando se extralimita, como

Antioquia, Junio 1998. Pp. 25-46.

7 González Uribe, Guillermo. Ídem.

*violencia necesaria*⁸, lo que no deja de ser muy discutible, sobre todo si se trata de entregar la guerra a mercenarios y a empresarios y mafiosos. De otra parte se sabe que hay gente interesada en las contiendas, hay quienes se lucran del comercio de la muerte, y perpetuar el combate también es una política efectiva para que nada cambie, para que nada se altere.

Otra interpretación, relacionada con la dimensión ontológica, es la *terapéutica*. Debido a que se concibe el conflicto como una patología, como una anomalía que debe ser curada o resuelta, disuelta, superada. En consecuencia, quienes están inmersos en el conflicto o son conflictivos, sufren una fatalidad, piden ser rescatados o salvados; pueden ser tenidos como inimputables o como seres pasivos, que demandan una acción externa, mesiánica, para llegar a modificar sus circunstancias; esta situación fue explícita en uno de los grupos de una vereda caldense. Quizás esta visión tenga connotaciones religiosas, misionales o con una teleología; o porqué no, raíces románticas, cuando se evocan estados idílicos retro-proyectados en el pasado, ausentes de los conflictos. De igual manera, en el presente se puede sustentar esta interpretación con postulados ecológicos y hasta con premisas de la ética de la compasión. El hecho es éste: quienes propenden por esta forma de abordar el conflicto, con las mejores intenciones creen que su propuesta es políticamente correcta y defendible, pero ésta no es desinteresada o inofensiva porque, tal vez sin proponérselo, lo que buscan, como decíamos inmediatamente antes con referencia a otros, es eludir o acabar con los conflictos; les cuesta aceptar la ontología del conflicto, la constitución conflictiva del ser y de la vida. En esta investigación, desde la formulación de las preguntas, siempre hicimos claridad en el sentido de que se procuraba, más que describir, analizar,

8 Bastenier, Miguel Ángel. Una nueva Colombia para América Latina. El Espectador. 1 de mayo de 2011.

<http://www.elespectador.com/impreso/opinion/columna-266343-una-nueva-colombia-america-latina>

Recuperado de Internet el 1 de mayo de 2011.

“El anterior presidente colombiano Álvaro Uribe peleó áspera y tenazmente para que el Estado recuperara presencia y dominación del territorio en el combate con la guerrilla de las Farc, entre otros grupos de bandoleros e insurgentes. Esa violencia necesaria, pudo, sin embargo, arrastrar el país a posiciones exteriores no siempre gratas a otras potencias de América Latina”.

y también declaramos que no era de nuestro interés en este trabajo la pragmática de la solución de los conflictos, aunque la hermenéutica no se desentienda de una perspectiva abierta de los discursos.

En un comentario sobre el libro *Consenso y conflicto*, de Enrique Serrano Gómez, a propósito de esta dimensión ontológica, se apunta que el autor ha trabajado *las tesis de dos importantes teóricos del siglo XX: el gran jurista alemán Carl Schmitt y la filósofa Hannah Arendt; Serrano se propone establecer un criterio que permita distinguir lo político. El primer autor privilegió el conflicto, mientras que la segunda el consenso. De ambas concepciones se puede construir qué es lo político. Apuntan más adelante que El conflicto, según Schmitt, es “un fenómeno insuperable del mundo, ligado a la formación y defensa de las identidades particulares.” Los intentos por suprimirlo lo único que hacen es agudizarlo y conducirlo a la violencia*⁹.

Dimensiones social y cultural

Para estos jóvenes, y de manera específica para los de una vereda de Neira cercana de Manizales, hay una correspondencia y una resonancia entre lo que para ellos son los conflictos internos -con la familia, los amigos, sus conflictos personales- y los externos -la delincuencia, grupos armados al margen de la ley, las condiciones de vida desfavorables y los problemas de comunicación-. Esto se apoya en expresiones como: ‘así el conflicto externo se vuelve interno...’. Pero, también podríamos acuñar la frase complementaria: los conflictos internos se exteriorizan.

Para comenzar, hay que resaltar que los jóvenes más alejados de la conflagración también se sienten intimidados, presionados, atemorizados. Aunque no tengan un conocimiento y una conciencia de lo que sucede por fuera de su burbuja de protección, aunque pretendan resguardarse y rehusarse,

9 <http://www.larevista.com.mx/ed533/53316.htm> La Revista Peninsular. Semanario de información y análisis político, social y cultural. Yucatán, Campeche y Quintana Roo. México. Viernes, 7 de enero del 2000. Reseña del libro de Enrique Serrano Gómez, *Consenso y conflicto*. Serrano, E. *Consenso y conflicto*. Schmitt, Arendt y la definición de lo político. Prefacio por César Cansino. México, Centro de Estudios de Política Comparada, A. C., 1998. P. 217 (Col. Teoría Política, 2).

presienten que lo que sea la guerra, la violencia, también les atañe. En otro extremo, por el contrario hay muchachos que, o padecen, o intervienen directamente en la contienda y añoran, extrañan la vivencia doméstica, las relaciones afectivas, obviamente con sus dificultades. Desde lejos el lector se entera de los excesos y de la brutalidad de los campos de hostilidades, de la guerrilla, de los paramilitares, de lo que sea; no obstante, es impactante al repasar los textos de las narraciones, como los de los reinsertados de Córdoba, constatar que ellos se han sometido a tales crueldades y han ido a la guerra como a una excursión, a una aventura, y al regresar sólo esperan encontrar lo conocido, lo que habían dejado atrás, como si fuera una historia de un guerrero de otras épocas o de otros pueblos; como algo atávico, como una fatalidad, y después de la batalla quieren reencontrarse con los de su casa, con sus familias, con sus amantes y con sus hijos, reiniciar los ciclos de siempre. También, un relato de guerra puede estar marcado por sentimientos de amistad, de compañerismo. Lo grave, por lo menos en Colombia, ha sido que para los sobrevivientes, en muchos casos ya no queda nada, ya todo está perdido, robado, exterminado. En éstas se han pasado casi dos siglos desde la Independencia.

Puede ser pertinente, en estas condiciones, tratar de reconocer las dificultades que existen para construir Estado, para consolidar lo público, y también para distinguir la que sería la génesis de la sociedad civil. En otras partes, la sociedad civil precede y fortalece al Estado; en cambio aquí el Estado, en algunos casos, tiene que ser el garante de la defensa de lo básico para la subsistencia, el que protege y sostiene, o el que crea condiciones de asistencialismo y dependencia. No obstante, hay situaciones en que el Estado también coarta las libertades individuales y constriñe las organizaciones sociales. Boaventura de Sousa-Santos explica que: “Además, el dualismo Estado/sociedad civil nunca fue inequívoco y de hecho, se mostró desde el inicio, lleno de contradicciones y sujeto a constantes crisis”¹⁰.

Por otra parte, existen conglomerados tradicionales, fundados en vínculos comunitarios, que si bien reúnen y sirven

10 De Sousa-Santos, B. *Ibidem*. p. 140.

para afrontar las dificultades, como las del desplazamiento o las de las catástrofes naturales, de todas maneras no se pueden equiparar con una organización social que se identifique con la ciudadanía. Desde la Constitución del 91 ha habido mayor inclusión de sectores de población indígena, negra, campesina, pero esto todavía no puede definirse como la consolidación de una sociedad civil. Al respecto, José Alberto Mesa Baquero propone *repensar la comunidad desde el individuo como un horizonte ético*. Él expone, al retomar a Ricoeur, que “las relaciones en sociedad están modeladas por el ideal de justicia más que por los requerimientos de la amistad”.¹¹

En el último tiempo -la década pasada-, ha habido una tensión permanente entre el Estado máximo y el Estado mínimo. Por una parte, el gobierno atiende necesidades a través de programas que serían característicos de un Estado benefactor y, por otra, se desmontan servicios, se privatizan, se dan concesiones a los particulares, se ofrece al libre mercado lo que debería considerarse como público. Esto se enmarca dentro de lo que dice Boaventura de Sousa-Santos: “la erosión de la soberanía del Estado y la pérdida de la centralidad del Estado frente a las fuerzas subestatales y supraestatales”.¹²

Para seguir con el análisis, encontramos que el irrespeto a la dignidad, el desconocimiento del *individuo como valioso en sí mismo*, la imposición de la insignificancia y la invisibilidad -que son sentidos culturales que se manifiestan en sistemas de signos, que corresponden a valores morales y filosóficos-, están presentes y son tan determinantes en medio de la agresión más violenta, o en los acontecimientos ordinarios; pueden venir desde afuera, con contundencia, implacables, o alentarse en la intimidad, de puertas para adentro. Es claro; hay unas demostraciones brutales de violencia, pero el problema humano sucede tanto en la guerra, como en las condiciones de vida más tranquilas y de aparente normalidad; porque la gente sufre no sólo los vejámenes que atentan contra su integridad corporal, sino también todo lo que no le deja tener tranquilidad, lo que le quita la paz, la seguridad, o lo que lo disminuye.

11 Mesa, José Alberto y otros. *Ética, política y ciudadanía*. Siglo del Hombre Editores. Universidad de Manizales. Centro internacional de educación y desarrollo humano - Cinde. Bogotá. Manizales. 2009.

12 De Sousa-Santos, B. *Ibidem*. p. 414.

No en vano, muchachos de vereda tienen tendencias suicidas, sienten que su existencia es ruinosa e indeseable. Es necesario ir más allá de una sintomatología física; los daños se causan más adentro o vienen del interior del agresor.

Las redes de relaciones, la atención para los otros, el 'cuidado' -como lo expresan los del grupo de Samaná-, la vida en el seno del hogar, o lo que se denomina privacidad, dentro de la Modernidad, reciben el impacto brutal de los conflictos externos. En estas regiones se encuentran personas, niños, jóvenes y adultos, que no conocen otra experiencia que ser protagonistas de combates, atrincherarse en medio de fuegos cruzados, huir, permanecer aterrorizados, sin poder conciliar el sueño. Para el caso, a los campesinos de Córdoba, como a los de Urabá, desde hace una década o unos años más, se les transformó una cotidianidad de oficios de pesca y recolección, de pastoreo; un paisaje apacible, en un escenario de tragedia; así mismo, en los barrios populares de Pereira o en la Galería de Manizales, con otras luchas por la supervivencia, la realidad es cruda. Los jóvenes manifiestan que se deben comportar como adultos, pero no sólo por las responsabilidades que asumen, sino porque tienen que curtirse, revestirse de dureza para enfrentar los embates, para ser competitivos en la rapiña de todo lo que escasea, para imponerse con fuerza (*no dejársela montar*, es la expresión coloquial), estar vigilantes, saberse defender y proteger a los propios y, si es preciso, insultar, atacar, pelear y matar. El conflicto se les impuso desde lo externo.

De todas maneras, hay que preguntarse también cómo se incuban desde dentro los grandes conflictos; o cómo se nutren de una atmósfera moral que lo circunda todo, que es o de aceptación pasiva, resignación, o de connivencia con el atropello y el abuso; el maltrato, la burla, la desconfianza. En los lugares de *la guerra irregular* casi no hay tiempo ni calma para fijarse en esto. Pero en cambio, en las veredas que tienen cierta estabilidad, en las localidades en las que se puede estar más salvaguardado, los jóvenes que tienen más espacio y libertad dan cuenta de un clima cargado de animosidad y de hostilidad: campea la violencia intrafamiliar; en condiciones de premodernidad, en las que la identidad depende de las

relaciones de parentesco y los saberes son capitalizados y reservados a los mayores, y muchas veces a los hombres, se aprende a imitar patrones ejemplarizantes inmodificables, sobre macro-unidades de sentido; el mismo lenguaje se estructura, como lo afirma Walter Ong¹³, a partir de *Psicodinámicas de la oralidad*, las cuales son *agonísticas* (retadoras), *conservadoras*, propias para la intolerancia y la rigidez.

Se han exaltado muchos valores de las culturas tradicionales, tal vez de manera ingenua; se idealiza un pasado bucólico, de ascendencia campesina, en el que la gente sin instrucción se acogía de manera irrestricta a una moral católica y las familias conformaban un tronco; las figuras ancestrales se admiraban y se acataban sin recelo, y las mujeres eran modelos de continencia y fervorosas practicantes de la devoción y la caridad.

El hecho real es otro: estos descendientes, desplazados, todavía tienen conciencia y costumbres rurales. Sobre todo en las cabeceras y capitales, prácticamente ruralizan lo que encuentran, antes que amoldarse ellos al nuevo medio; difícilmente adoptan hábitos urbanos; tienen una percepción endeble de lo público y muchas veces están excluidos de los servicios, de las oportunidades, de los empleos cualificados y ‘decentes’, de las condiciones de bienestar; sus lugares y tiempos se trastocaron definitivamente, pero sus culturas tienen moldes ancestrales. Al mismo tiempo el pasado es irrecuperable y, por lo demás, están en desventaja; no tienen las competencias ni las condiciones para entrar de lleno y con garantías en una ciudadanía moderna, abstracta; en lo urbano como tal; en el disfrute de lo público, en el Estado de derecho. Por todo esto, tal vez se puede colegir que su papel sea el de excluidos.

A propósito, cuando De Sousa-Santos se refiere al Espacio-tiempo de la producción, explica:

Sin duda, la globalización de la economía representó mayor prosperidad para algunos países pero no sólo mantuvo intactas, sino que incluso agravó las asimetrías globales en el sistema mundial, como agravó

13 Ong, W. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica. Tercera impresión. Colombia. 1999.

claramente las desigualdades sociales, tanto en los países del centro como en los países del Sur. Lo que suscita este proceso desde el punto de vista analítico es la necesidad de que pensemos globalmente las transformaciones sociales sin que perdamos de vista las especificidades locales y nacionales con las que se articulan.¹⁴

En este desconcierto, ante tanta precariedad y en medio de presiones y angustias, se perpetúa el irrespeto por los otros, sobre todo por las mujeres, por los menores de edad, y hasta por los mayores ancianos, por los extraños, los forasteros... A todo esto se suma que los referentes de realización humana -los héroes, los triunfadores, de quienes ellos tienen noticia o a quienes a veces conocen personalmente, las mujeres de los sueños, o quienes tienen la vida asegurada, quienes aparecen en la televisión-, son muchas veces los grandes capos, los jefes de contingentes de matones y mercenarios; o es gente a la que la toca la suerte porque son deportistas, cantantes, o tienen belleza, vigor, desparpajo; a unos, porque se mueven en negocios ilícitos, turbios, y consiguen burlar la ley y, a otros, porque les llega el dinero a manos llenas, en distintas circunstancias, sin gran esfuerzo ni preparación. Estas metas y proyectos son para la gran mayoría mera ilusión, algo inalcanzable, y todo esto redundando en una desazón, en desconcierto; no les parece que sus esfuerzos vayan para ninguna parte, que tengan mucho sentido, que sean viables; es muy difícil justificar, en estas circunstancias, por qué es necesario respetar las reglas del juego.

Se pensaría que estos sentimientos contradictorios, son más propios de la gente de los campos o de los más pobres; pero aún los jóvenes universitarios se dan cuenta de que si sus progenitores se entregaron para que ellos tuvieran en el estudio, en la profesionalización, un futuro sonriente, tal vez todo esto sea no más que un espejismo; ya ellos difícilmente ascenderán en la pirámide social y si acaso podrán mantener un nivel, pero el gran cambio, la realización, dejar las dependencias, todo esto cada vez está más aplazado, y lo más seguro es que recojan una cosecha de frustraciones.

14 De Sousa- Santos, Boaventura. *Ibidem*. p. 405.

No se trata de hacer un diagnóstico exhaustivo de la sociedad colombiana, ni menos de sustentarlo. Lo importante aquí es resaltar lo siguiente: no se puede reducir la riqueza y la complejidad de los conflictos a la omnipresencia del conflicto armado, y menos aún al señalamiento y persecución de los terroristas; por otra parte, aunque hay que llamar la atención sobre lo que atenta contra la vida, sobre la importancia de no negociar los mínimos morales, sobre las libertades individuales, y ver que la guerra es el epicentro de este peligro y de esta crisis, de todas maneras es necesario reconocer que hay nexos claros entre los conflictos externos e internos, que las violencias mayores están tejidas con los hilos de las violencias cotidianas; por último, en esta dimensión, que cada cultura también se define por los conflictos que privilegia, en los que se encasilla, pero que es posible hacer una crítica a la cultura a partir del replanteamiento de sus contradicciones y a partir de reconocer la experiencia de los conflictos, de analizar las tensiones y, en palabras de Estanislao Zuleta, de tratar de encontrar las racionalidades de los mismos conflictos.

En el libro de Enrique Gómez Serrano, *Consenso y conflicto*, se acentúa la correspondencia entre lo social y lo político y se aportan criterios para una definición. Dice el autor:

Todo conflicto social puede convertirse en un conflicto político en la medida que: a) Adquiera el suficiente grado de intensidad para trascender la esfera privada; b) Se encuentre en juego el reconocimiento de alguna identidad particular y/o la definición de los fines colectivos; y c) Mantenga una referencia al *consensus juris*.¹⁵

Dimensión comunicativa

Los jóvenes de El Rosal, un barrio popular de Pereira - Risaralda, tienen una trayectoria que los distingue, porque

15 <http://www.larevista.com.mx/ed533/53316.htm>

Consultado el 12 de julio de 2007.

La Revista Peninsular. Viernes, 7 de enero del 2000. Reseña del libro de Enrique Gómez Serrano, *Consenso y conflicto*. Serrano Gómez, Enrique. En web, página única, en Word, p. 3.

Consenso y conflicto. Schmitt, Arendt y la definición de lo político. Prefacio por César Cansino. México, Centro de Estudios de Política Comparada, A. C., 1998. 217 p. (Col. Teoría Política, 2).

se han propuesto no ser parte de los conflictos violentos y han conformado un grupo social con objetivos claros, lo que ha incidido en su formación personal, propiamente en lo académico, en la manera en que asumen el bachillerato, pues son muchachos que se preocupan por estudiar, y por su formación ciudadana, su preparación para la participación política. Lo que exponen es fruto de una reflexión y de una práctica, y de alguna manera recoge los sentidos de otros grupos. Ellos afirman que al igual que en la familia, en la sociedad la esencia de los problemas radica en las dificultades para comunicarse. Uno de ellos ratifica:

La verdad es que los mayores conflictos que vivimos aquí es por problemas de comunicación, y yo personalmente creo que al país lo que es la guerrilla y los paras le hacen mucho daño, aunque también es cierto que aquí en Colombia hay mucha pobreza y eso hace que haya conflictos.

Esta declaración ofrece muchas luces para el análisis, porque el aspecto comunicativo es propio del conflicto armado y de todos los conflictos. Por esto al hablar de comunicación se supera la omnipresencia de la guerra, sin dejar de tenerla en cuenta ni de darle la importancia justa que tiene.

Además, la comunicación alude directamente a la lengua, a lo verbal, pero también a los lenguajes no verbales, a *la comunicación sobre la comunicación* y a *la comunicación sobre lo social*, como las denominan Maturana y Varela.

Lo que ellos tratan como ‘problemas de comunicación’ es algo complejo y sobre lo que en condiciones comunes y corrientes no se reflexiona, porque lo que importa en la vida real es la pragmática, la comprensión, el entendimiento o el diálogo, y cuando más, la argumentación o la discusión, no *el estudio de la lengua en sí misma* ni tampoco una filosofía del lenguaje.

Pero para este estudio, los narradores, muchos de ellos con un alfabetismo funcional, o con niveles de enseñanza básica, se dieron a la tarea de componer textos escritos, precisamente

porque Ricoeur¹⁶ pide que se haga la hermenéutica de narraciones transcritas por sus autores. Esto suponía un gran esfuerzo para muchos de ellos, porque si acaso lo que pueden es verter un discurso con todo lo propio de las psicodinámicas de la oralidad. Muchas veces el texto, en el inicio, es casi incomprensible, no está puntuado, obviamente la ortografía es totalmente original; además, era preciso tener los textos en esta forma para pasarlos a otros lectores, para que los investigadores los leyeran y para analizarlos. Porque el estudio estaba orientado no a la participación-acción, ni a la terapia, ni a la resolución de conflictos, ni a la descripción de los mismos, sino al análisis hermenéutico.

Este ejercicio académico implicó para unos grupos y para las personas -que se encuentran y se reconocen, que luchan y se defienden dentro de la riqueza de lo no verbal (con gestos, con silencios, onomatopeyas, manifestaciones estereotipadas locales, etarias, de género, etc.), cuya fortaleza es *la comunicación sobre lo social*, dentro del gran *interpretante* de las culturas-, verse impelidos a entrar en la comunicación sobre la comunicación; esto es, desprenderse del hecho histórico, de las circunstancias, de los apoyos de códigos de proxémica, kinésica, cromática, entre otros, y preguntarse por el lenguaje en sí, o por lo que se denomina *la comunicación sobre la comunicación*, los metalenguajes; hacer explícito de forma verbal lo que apenas se había experimentado emocionalmente,

16 Ricoeur define el texto como discurso fijado por la escritura. Afirma: "...la mediación a través de los textos parece reducir la esfera de la interpretación a la escritura y la literatura en detrimento de las culturas orales." Sin embargo, también dice que "La escritura, en efecto, otorga recursos originales al discurso... En primer lugar, identificándolo con la frase (alguien dice algo sobre algo a alguien), después caracterizándolo mediante la composición de series de frases en forma de relato, de poema o de ensayo. Gracias a la escritura el discurso adquiere una triple autonomía semántica: respecto a la intención del locutor, a la recepción del auditorio primitivo y a las circunstancias económicas, sociales y culturales de su producción. En este sentido, lo escrito se aleja de los límites del diálogo cara a cara y se convierte en la condición del devenir-texto del discurso. Corresponde a la hermenéutica explorar las implicaciones que tiene este devenir-texto para la tarea interpretativa." Ricoeur, Paul. *Narratividad, fenomenología y hermenéutica*. Anàlisi. 25, 2000. p. 203. Quaderns de comunicació i cultura. Nota: Este texto apareció por primera vez en castellano, con idéntico título, como capítulo final de una obra colectiva en homenaje a Paul Ricoeur: Gabriel Aranzueque (ed.) (1997), *Horizontes del relato. Lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Cuaderno Gris, trad. De G. Aranzueque. Anàlisi. 25, 2000. Pp. 189-207. Quaderns de comunicació i cultura agradece al editor y traductor su buena disposición ante nuestra propuesta de republicación del artículo. p. 203.

lo que era un recuerdo, lo que estaba grabado en imágenes visuales, audibles, táctiles, sensoriales, en fin.

Esto abre caminos inusitados para la comprensión, para el estudio y hasta para la pragmática de los conflictos, porque de la misma manera que la comunicación, como los jóvenes lo citan, es el núcleo, o el conflicto por excelencia; también ésta es el código, la clave, de sí misma, porque el lenguaje es auto referido, y de los otros conflictos.

Todo lo anterior precisa una *transposición de códigos*, como lo denomina Umberto Eco. Primero, de alguna manera podemos reconocer a los otros, sus signos, sus expresiones, de una manera socializada, en lo no verbal, pero dentro del lenguaje; y segundo, cualquier situación humana es narrable, es susceptible de ser codificada y verbalizada. Esto podría suponer riesgos y dificultades, porque no se tendría un acceso directo ni a la persona ni a los hechos; pero de todas maneras éstos son inasibles y hasta cierto punto inefables. No obstante, el *lenguajeo*, como lo llaman Maturana y Varela, el traspaso del pensamiento y de la experiencia a cadenas fónicas o a la transcripción escrita, es un puente, es una *producción cultural* y permite, con el paso del tiempo, sin la presencia del protagonista, tener contacto con éste y saber algo de él y de su mundo.

Para cerrar esta parte, se hace énfasis en que la comunicación sí es el conflicto y es la clave de sí misma y de otros conflictos; el lenguaje verbal permite acceder a otros conflictos y dejar una constancia comunicable de un hecho histórico, en el caso de la narración escrita. Posiblemente *la transposición de códigos*, si bien tiende a separarse del *mundo de la vida*, de igual manera permite el acercamiento a otras racionalidades, desentraña nudos culturales y allana una interpretación que fortalece la dignificación de lo humano. De todas maneras, esta apresurada conclusión puede ser más bien una hipótesis de trabajo, una propuesta.

Debe quedar claro que no se trata de anclarse en el lenguaje, de forzar los sentidos y de partir en busca de *lo no dicho* o de *la intención del autor*; precisamente no. El lenguaje es sólo un puente, un código. El estudio del texto en Ricoeur propende por una profundización en lo semántico

y puede situarse entre lo sintáctico y lo pragmático, pero el autor no pretende quedarse ahí, sino que hay que abrir la interpretación¹⁷. Esta apertura, según lo que hemos investigado, tiene mucho que ver con el ejercicio de la política, así mismo con la ética y con la estética.

Dimensiones ética y estética

Ellos se refieren a la *'guerra sin acuerdo con la familia'* por ausencia de diálogo y diversidad de intereses; como a la exigencia que les hacen las familias para que los jóvenes se rebusquen dinero para contribuir con los gastos de la casa, o a la confrontación que tienen con sus padres por sus relaciones afectivas. A propósito, comentan: "...es una lucha diaria con nuestros padres y hermanos y la relaciono con las peleas con nuestros padres, en nuestras relaciones amorosas, etc." Además, todo *'lo malo que pasa'* se conecta con los desacuerdos con los amigos y con compañeros del colegio.

Hay que resaltar cómo esta *dimensión ética* está muy vinculada con la *dimensión comunicativa*. Hacíamos alusión antes a la falta de entendimiento, de diálogo, y esto no es inocuo. Es claro: obstaculizar, reprimir la comunicación es causa y consecuencia de problemas morales. Por una parte, se silencia a los otros, o no se les escucha; y más grave aún es cuando se tiene como telón de fondo una anomia, que sería el extremo de los desacuerdos y el comienzo de todos los desmanes. Los abusadores se imponen a los gritos o se hacen obedecer a la fuerza, para luego imponer su propia moral. En el caso de Colombia se llega más lejos, porque del apabullamiento verbal se pasa directamente a la degradación física del otro. Cuando se mata o se desaparece a un individuo también se anula su autenticidad y su originalidad. Si no puede

17 "Ricoeur critica que el carácter de la cientificidad de la lengua excluya al discurso, como habla; pero también define la hermenéutica como el estudio del texto. Por otra parte, su preocupación es la semántica, pero tiene que afirmar que las relaciones entre significante y significado son semióticas. Se debate entre el interior y el exterior de la obra, entre la dinámica propia del texto, valga decir, sintáctica y semántica, de la gramática interna, como la llama Eco, y la proyección al exterior y la comprensión de *sí mismo como otro*, que supera la sola pragmática de la lengua y se convierte en una hermenéutica y anticipa un pronunciamiento ético". Calle, A. *Aproximaciones primeras al concepto de 'texto' desde la semiótica, la lingüística y la hermenéutica*. Escribanía. Universidad de Manizales. N. 16, enero-junio de 2006. p.43.

haber interlocución, si impera el silencio brutal, ya sólo quedan los hechos, las evidencias de los atropellos, como *textos audio visuales*, para reemplazar a todo otro lenguaje.

José Alberto Mesa, en su artículo, estudia a Taylor, para hacer énfasis en la autenticidad en relación con el diálogo, y para estudiar la tensión que se crea entre el yo moderno y la comunidad. Afirma:

Así, Taylor argumenta, la autenticidad capta el principal desarrollo del yo moderno, especialmente el ideal romántico del descubrir y el vivir de acuerdo con la propia originalidad. Sin embargo, este ideal también llama a involucrarse activamente con otros a través del diálogo y un marco moral que pueda hacer significativa la búsqueda de la autodefinition.¹⁸

Se parte de la diferencia que marca Ernst Tugendhat¹⁹ entre ética y moral. El autor define *la ética como una discusión filosófica de morales*; en este sentido éste sería un discurso típicamente moderno y occidental. Por el momento interesa resaltar que, según estas tesis, no hay culturas ni sujetos inmorales. Con el filósofo checo se propone que la ética puede separarse de la práctica de las morales. También, como consecuencia, se entiende que si se pertenece a una moral única, o se acepta ésta completa y sin objeciones, o se está expuesto a ser expulsado, a crear un cisma, sólo se puede hablar de una pluralidad de morales, tanto en cuanto se discutan de manera filosófica varias morales, lo que no necesariamente implica optar por el relativismo moral. O de manera más directa, cuando uno se encuentra inmerso dentro de un marco moral, y más si éste se confunde con la cultura, es muy difícil interpelar las normas y los sistemas de costumbres.

Este preámbulo es necesario para llegar a varias afirmaciones, que podrían también ser hipótesis de trabajo. En forma independiente de qué se pensara de la religión, o de si se era o no coherente con sus preceptos, los parámetros judeocristianos, hasta muy entrado el siglo XX, se asumían como un código de identidad nacional o como el referente de comportamientos de una elite privilegiada; esto lo ha afirmado

18 Mesa, J. *Ibidem*. p. 118.

19 Tugendhat, E. *Lecciones de Ética*. Gedisa Editorial. Barcelona. 1997.

Francisco de Roux, sacerdote jesuita, provincial actual de la Compañía de Jesús en Colombia (2010). Hemos dicho antes que en Colombia se ha dado el resquebrajamiento de tales patrones, que se suponía eran comunes, compartidos, aunque no hicieran parte de un proyecto de lo público. De todas maneras, se creó un vacío de normatividad; esto es precisamente lo que señalan los jóvenes: una *guerra sin acuerdos*, el caos total. También, aunque ya no haya la adhesión tan grande que tenía la Iglesia en otras épocas y ya las prácticas religiosas hayan decaído, de todas maneras tampoco ha habido una secularización, no hay un mundo definido de lo civil. La misma Constitución del 91 cambió y dio cabida y reconocimiento a otras creencias; no obstante, la iglesia católica mantiene una preponderancia, tiene una autoridad moral y ha sido llamada para intervenir directamente en los procesos de negociaciones y de reinserciones. También los personajes de la vida pública tienen demostraciones de sus creencias y de su fe delante de todo el mundo.

No obstante, es un hecho que ya no se sostiene un marco moral tradicional -si lo hubo, así fuera católico o lo que fuera-, y no ha habido ni siquiera el intento por discutirlo ni por reemplazarlo. Por lo tanto, la gente ha perdido los referentes; no es que se hayan acabado los valores sino que no existen unos claros que los definan. En estas circunstancias, los sujetos de las zonas de conflictos violentos tienen necesariamente que chocarse con otras morales; han perdido muchas veces sus matrices culturales y se ven insertos en un utilitarismo y en un pragmatismo ajenos, en el que ellos no deciden y llevan todas las de perder; cuando más podrían, en algunas condiciones esporádicas, entrar dentro de un contractualismo.

En estas condiciones es muy difícil plantear una ética de mínimos, o una moral de tipo universalista, o del respeto universal.

En la perspectiva de Tugendhat, las mismas circunstancias de escasa preparación académica de los jóvenes en particular y de la población en general, no favorecen que se esté en condiciones de plantear un debate filosófico de morales. De hecho, de los jóvenes de los 6 grupos con quienes se hizo el estudio, uno solo tiene estudios de pregrado y dos de

bachillerato. Pero todos tuvieron que hacer un gran esfuerzo para hacer una narración; no son grandes lectores, tienen poca información sobre la historia nacional y ni qué decir del contexto mundial. Con algunos de ellos se leyeron otros textos, se incursionó en la red, a través de Internet, se vieron películas y todo esto les proporcionó un bagaje para discutir; pero éstas no son circunstancias ni comunes ni fáciles para ellos.

Los jóvenes, con su acción solidaria, de manera práctica replantean los códigos y confrontan un sistema incoherente, de abusos de poder e irrespeto a la dignidad y al individuo como valioso en sí mismo.

No ha habido una construcción de lo público y las constituciones y las leyes no tienen un asidero en la realidad. Como lo expusimos antes, aunque no riñen entre sí de manera necesaria, no se puede identificar las expresiones comunitarias de asociación, con la definición de lo que se denomina sociedad civil, frente al Estado, en el marco de lo público.

Aún con todo lo expuesto, se encuentran jóvenes -como los del barrio el Rosal-, quienes afrontan el conflicto desde una actitud entusiasta y alegre que les da fortaleza.

La moral, como la explica Kant -una moral de fines, no de medios-, se justifica a sí misma. De igual manera sucede con el arte, con la estética, que no precisan de una funcionalidad, de ser útiles o funcionales para llegar a ser verdaderas obras y productos culturales. La alegría que manifiestan estos jóvenes, además de propender por el afianzamiento de su grupo, es una expresión de gratuidad, es autopoética, se retroalimenta y se justifica a sí misma.

Complementa este sentido la certeza que muestran los jóvenes de liderar acciones en su barrio que respondan a los problemas y carencias diarios, desde lo que los diferencia y les da reconocimiento en la comunidad: “pertenecer a *Jaguar* -el grupo juvenil- y ayudar a la gente del barrio”. Este ejercicio social apunta a lo político; los criterios que aducen son de talante ético y su expresión tiene una dimensión estética.

En las narraciones se afirma que *vivir en medio de la guerra implica enfrentar las muertes por injusticia*. Esto hace que los duelos sean in-elaborables. De igual manera, se hace referencia a que estas tragedias se vuelven cotidianas y también

hay una *naturalización de la guerra*, como una defensa básica para evadir los sentimientos de temor y dolor y como una respuesta para convivir y cohabitar en el conflicto. En estas circunstancias también se podría hablar de una estética, de manifestaciones culturales y de producción de sentidos para resignificar, reconfigurar y para asumir estas experiencias traumáticas.

Narraciones y política

La política no puede comprenderse separada de las pragmáticas del lenguaje²⁰.

La investigadora internacional, Colette Daiute, en su búsqueda y estudio de las narrativas de jóvenes en conflicto de diferentes partes del mundo, habla de un proceso *dialógico incremental*. Es difícil traducir la expresión, pero puede entenderse como las nuevas posibilidades que genera el diálogo y cómo éste se expande, casi se auto-produce; pero también debe someterse a fuertes tensiones; los diálogos son difíciles, riesgosos.

En primer momento se pueden vincular el conflicto y el diálogo: porque éste hace más razonable el encuentro entre las personas y dilata las posibilidades de la agresión física o las suspende, aunque sea temporalmente. Ya se hablará de que no se trata de disolver o de acabar con los conflictos.

Es obvio; otra forma de enfrentar al abuso de poder es el recurso de la fuerza física, las vías de hecho, y el excederse en la retaliación afianza una posición de poder, constituye una ventaja. Atacar, y no sólo defenderse o escabullirse, es más fácil y directo; de manera transitoria es resolver de un tajo, a corto plazo; por esto mismo los asesinatos se multiplican indefinidamente, motivados por todo tipo de causas, o igual se perpetran sin causa, por un equívoco, como otros de los

20 "... No hay historia sin memoria ni memoria sin narración, las palabras logran producir esa suerte de alquimia de la cual siempre resulta algo nuevo... Las palabras no son meras figuras literarias, adornos estilísticos o ficciones jurídicas más o menos aleatorias; son en lo fundamental, 'estructuras penetrantes' que modifican sensiblemente los contextos en los cuales se enuncian y que producen mutaciones culturales y políticas de mucha significación". Nota: (Apuntan las autoras: Sobre la incidencia de las palabras en la modificación de los contextos, seguimos las indicaciones de Paul Ricoeur expuestas en: Tiempo y Narración. México. Siglo XXI editores, 1995. Tomo 1, pp. 80 - 139. Uribe, M. y López, L. Op. Cit. p. 1.

excesos propios de la cultura, de las familias, de la pasión, del juego, de la fiesta, de la rabia. Pero esta respuesta también es excluyente, porque no todos tienen ni las mismas posibilidades ni las condiciones ni las ganas ni la disposición, de matar. Siempre hay un punto de quiebre y hay unos desprotegidos y débiles que no tienen ni cómo defenderse ni quién salga a rescatarlos, y como de milagro siguen vivos. A éstos lo último que les queda es la palabra y su presencia al descubierto.

Además, para casi todos estos jóvenes existe la disyuntiva de ser controlados, someterse, o dominar a los demás; ésta es una tensión social permanente, ineludible, que puede devenir en conflictos, pero no necesariamente en demostraciones de violencia. Esta situación puede experimentarse de manera más dramática en circunstancias de pobreza, o en círculos familiares con niveles bajos de educación. De alguna manera los jóvenes de las ciudades, o quienes tienen estudios superiores, tienen más prerrogativas y consideraciones. Pero en términos generales pesan mucho la cultura tradicional, el autoritarismo, el machismo, las relaciones de parentesco. Parece que no estuvieran preparados los adultos -ni siquiera los descendientes de éstos-, para tener entre ellos unas relaciones más civiles, de respeto por la individualidad. Muchas veces los chicos no viven con los padres biológicos; o también tienen que asumir obligaciones anticipadas para su edad; o, en otros casos, ya han llegado a tener niveles más altos de preparación que sus predecesores. No obstante, ni unos ni otros se plantean la posibilidad de encontrarse como deben hacer los ciudadanos ante la ley, en el ámbito social, como independientes, responsables, imputables.

Es interesante confrontar a los jóvenes con el caso específico de los infantes y de los ancianos, quienes necesariamente están mucho más supeditados a otras personas que no son coetáneas suyas, por su estado de máxima vulnerabilidad; este hecho tiene disímiles respuestas en otras tantas culturas, y también difiere en los ámbitos rural y urbano; también varía mucho, si al crecer o al terminar la vida se pertenece a una familia o a un núcleo de consanguinidad y de relaciones extensas, lo que es muy común en este país, sobre todo en los sectores más pobres, o en el área rural. Los sectores deprimidos tienen

muchas veces una reserva de solidaridad; y ante la inasistencia desde lo público, frente a las calamidades o a las vicisitudes se unen y se defienden y resisten con efectividad, se amoldan a los cambios y pueden ser creativos, recursivos, en sus reacciones y respuestas; todo esto los vuelve competentes y resistentes.

Por su parte, los jóvenes continuamente experimentan el imperativo de tener que optar entre someterse, obedecer, acatar, o decidir por ellos mismos; rebelarse, precisamente porque están en época de transición, porque todavía pertenecen a sus troncos de origen, son dependientes y deben ser mantenidos por los adultos; o quieren independizarse y no tienen aptitudes y habilidades aprendidas; sus trabajos no son bien pagados..., en fin; y a un mismo tiempo, están pidiendo autonomía, quieren autodeterminarse, manifestar su voluntad y actuar con libertad.

Identidades de los jóvenes

Habría que revisar cómo son las identidades, en medio del conflicto; y también analizar la gran diferencia entre unas y otras identidades, sobre todo porque en este país y en las narrativas se evidencian unas formas de ser que se enmarcan en lo rural y en lo premoderno, y otras propias de lo urbano y de lo moderno. La ciudadanía es una nueva identidad moderna, política y social por excelencia, que no puede ser restrictiva de ningún ámbito ni región; o es para todos o se vicia y se pierde. Esto también quiere decir que uno de los motores del conflicto, y de las violencias mayores, es la distancia que existe entre ser ciudadano y tener determinadas identidades, como las de muchos jóvenes narradores que se ven excluidos, disminuidos, porque no pueden ser ciudadanos de pleno derecho.

Esto puede ser difícil de establecer y de delimitar, pero es cierto que no se pueden comprender como uniformes. Por más que compartan consumos culturales -como la música-, lenguajes, jergas, usos de las tecnologías, deportes, comportamientos, atavíos e imaginarios, el solo hecho de ser jóvenes no los homogeniza. Ni la ciudadanía es un rasero para emparejar, es ante todo un criterio político, una abstracción, y al llevarla a la práctica se hace sumamente compleja. Por lo demás,

otro trabajo pendiente es el de resaltar las particularidades que existen dentro de un mismo rango de edad y que están vinculadas con conflictos sociales, económicos, de educación, de acceso a servicios, etc.

Es muy posible que los jóvenes de muy distintas procedencias y condiciones que hoy son convocados -por su edad- en conjunto, pasados unos años estén completamente alejados, precisamente porque unos tendrán oportunidades, empleo, reconocimiento y legitimidad, participación en el poder, en cambio otros podrán estar por fuera del sistema o, es una realidad, en las guerras, en el narcotráfico, en las cárceles, desplazados o viviendo como emigrantes.

Hay pues que analizar la relevancia del hecho de ser jóvenes; o también, pensar si el concepto de ser joven no es una invariante. Porque los criterios y objetivos de esta investigación agrupan a un sector de población en su aspecto etario; hacen que se tengan que encontrar y vuelven visibles a unos individuos que de otra manera no tendrían motivos que los reunieran y confrontaran. De todas maneras, se podrían lanzar preguntas que concluyeran en nuevas hipótesis de trabajo: ¿estos aspectos externos, expresivos, consolidan la identidad? Pero también habría que cuestionar: ¿a estas manifestaciones, no se les sobreponen las condiciones socio-económicas, condiciones *de libertad*, como las llama Amartya Sen? O de una manera más directa: ¿qué puede ser más definitivo para un colombiano, el hecho de tener un rango de edad en común, o participar de procesos de conflicto similares? Para el caso, ¿se identifican un estudiante universitario y un excombatiente paramilitar, en su condición de jóvenes? O, por ejemplo, ¿estar dentro o al margen de una guerra irregular es determinante para la cultura, la vida, las realizaciones personales? ¿Tener acceso o no a una educación formal, en un proceso estable y continuado desde temprana edad, es decisivo para las perspectivas de vinculación laboral y de participación en el poder?

En los colectivos tradicionales, la identidad no es individual. Esto también implica que no se puede hablar de imputabilidad, porque las responsabilidades se disuelven dentro de un colectivo. También, en algunos casos, cuando

es posible, aceptada, legítima, la participación, sobre todo de grupos ancestrales -como los de los indígenas-, se hace en torno al reclamo de derechos de grupo, que corresponden a vínculos inmodificables, como son los de origen étnico; en este caso no es comparable lo comunitario con lo público; lo público es propiamente moderno.

Tipificación de los narradores

De alguna manera, las narraciones también evidencian posturas o intencionalidades que pueden ser asumidas desde lo político. Por una parte, se encuentran tipos de narración que corresponden a formas de organización comunitaria y social. En el primer caso las voces son indiferenciadas, aún si explotan como una respuesta gregaria, o si se conforman como un clamor que se intensifica, se prolonga y resiste, como cuando se protesta, como cuando se hacen denuncias. En estas circunstancias hay un mecanismo de defensa en cuanto se protegen las personas solas, y esta emisión concentrada, unida, cobra mucha fuerza; es algo más emotivo y casi dramático. En este sentido, comenta José Aranda Sánchez,

Maffesoli destaca que en la mayoría de los casos los conflictos, más que racionales, están determinados por fuerzas afectivas, por lo que la pasión desempeña un papel relevante que es necesario ponderar. De ahí que la gestión de las pasiones sea el arte supremo de toda buena política (Ballesteros, 1995, p. 279).²¹

También se encuentra el narrador de una polifonía colectiva. Muchas veces es alguien que tiene su propia voz, pero cuya trayectoria, su cosmovisión, su personalidad, están cocidas a un núcleo colectivo, ya sea éste una familia; o están entrelazadas a una identidad, a la pertenencia a un lugar de origen, o a unas maneras de asumir la subsistencia, de realizar los trabajos. De todas maneras estos sujetos tienen muy cerca la posibilidad de convertirse en caudillos de muchas causas. Hay que anotar que los líderes que más sobresalen lo hacen con expresiones de la oralidad; se distinguen por una retórica

21 Aranda, J. & Michel Maffesoli: Una sociología de lo banal. Contribuciones desde Coatepec, julio-diciembre, año/vol. V, número 009. pp. 93-113. 2005.

inflamada, por un discurso que interpela o convoca, o también por la coherencia de sus argumentos.

Lo menos frecuente son los pronunciamientos escritos, la redacción sistemática y con fundamentos de revisión histórica, filosófica o teórica. Vale anotar que en estas expresiones orales o escritas incide el nivel de educación formal y de alguna manera el acceso que se tenga o se haya tenido a la información. Hay estudiosos del tema del conflicto y de las violencias que han llamado la atención sobre la diferencia que existe entre una historia elaborada por académicos, sujetos con un gran capital cultural y no necesariamente testigos de los hechos; y otra que recoge la palabra viva de los protagonistas, y en el caso de Colombia, muchas veces de personas con mínima escolaridad, sin referentes del mundo y encerrados en una tragedia colectiva de connotaciones muy locales.

Entre los narradores de esta investigación se puede constatar que los relatos más cercanos al campo, de los más empobrecidos y con menor formación, los textos que se presentan son transcripciones muy difíciles de leer; han hecho un esfuerzo enorme para constatar hechos que nunca antes habían puesto en escritura. No sólo su voz sino también su cultura y sus raciocinios son permeados por la oralidad, por lo situacional y vivencial. Sin embargo, en los otros casos los jóvenes urbanos, bachilleres y estudiantes universitarios, si bien tienen una escritura más legible, tampoco demuestran una gran apropiación de los conflictos ni hacen relaciones, y tienen si acaso una comprensión muy parcial, muy sesgada y determinada por los medios de comunicación, de los fenómenos nacionales, para no hablar de lo global. En los universitarios, de manera específica, su discurso se hace cada vez más personal y hasta íntimo; hay un replegamiento sobre sí mismos que los desconecta de la realidad. Entre éstos, hay sujetos que se evaden y se aíslan, mientras otros interiorizan; y algunos dejan al descubierto conflictos interiores, angustias.

Hay otros narradores que están construyendo una individualidad, dentro de contextos urbanos y modernos; que tienen una conciencia de su reconocimiento dentro de lo social, pero cuyos enunciados aún tienen una forma plural,

hablan por su género como hombres y mujeres, como jóvenes estudiantes, como usuarios, como consumidores, etc.

De todas maneras habría que señalar que hay otras narraciones que corresponden a las sociedades; éstas perfectamente pueden dar cuenta de los ámbitos individuales y colectivos, pero también de lo privado y de lo público. Los narradores de esta investigación, aún en ambientes citadinos y de mejores condiciones socioeconómicas, realmente apenas se asoman a algunas experiencias de lo social.

Estas narrativas y las voces particulares muestran, en algunos casos, una fuerte tendencia hacia un autodeterminismo, a darle prioridad a lo particular, a lo propio sobre lo colectivo, a centrarse en ellos mismos, como individuos, y no en los otros. A veces quieren confrontar y expresar la inconformidad, pero prefieren cederle la razón al otro, como una forma de distanciarse de discusiones estériles, mientras se reafirman en sus propias convicciones. Se puede decir que ellos pertenecen más a una esfera de lo privado; no obstante, al no estar bien definido para ellos lo público, lo privado aparece más como una vivencia individualista, como un lujo que se pueden dar algunos más privilegiados.

Experiencia del conflicto y juventud

Es posible que los colectivos *no acepten el poder dominante más que como una expresión de la voluntad social*. Los colectivos son móviles; están en medio de fuerzas y tensiones, pero se desarticulan y vuelven y se afianzan. En la vida de estos jóvenes, en sus narrativas, puede que predomine la vivencia de uno o unos pocos episodios de violencia, un desplazamiento, el secuestro o la muerte de familiares, etc.; pero esto es algo que ha ocurrido tal vez en el último lustro, mientras que ellos dejaban su infancia. De todas maneras, antes de estos hechos reales seguramente hubo otros y es casi predecible que después acaecerán otros hechos nuevos de violencia o de intensificación de distintos conflictos, con la autoría de los anteriores responsables o por cuenta de otros que los sucedan o se impongan sobre éstos. Pasado un tiempo corto, en todas estas eventualidades estos jóvenes, cercanos a

ser adultos, serán protagonistas, o sujetos pasivos, o no serán ni testigos ni conscientes; en fin.

Una pregunta que puede ser pertinente es ésta: entre los jóvenes que participaron en el estudio, ¿su percepción de la realidad, sus opiniones y posturas, dependerán o habrán dependido de su condición de juventud o de sus experiencias?

Se nota en las narrativas que no hay una comprensión de la historia, de las coyunturas, de la sucesión de los hechos; a lo sumo se tiene una versión intersubjetiva de microhistorias, de relatos locales; pero difícilmente se puede hacer una conexión con otras crónicas más amplias en el tiempo y en el espacio. Esto puede ser muy acentuado en sujetos con niveles bajos de escolaridad y en mayor aislamiento, pero igual se puede dar entre los estudiantes universitarios de ciudades capitales. También esta desinformación se agrava cuando tienen vínculos familiares rotos o endeblés y cuando la comunicación es muy deficiente con los progenitores o con los adultos en general.

Precariedad y contradicción

Duncan retoma a Pécault:

La calificación de Pécault del Estado colombiano como 'precario' tiene sentido entonces si se alude a la debilidad de la institucionalidad del centro, armada y no armada, que pretende unificar a la población del territorio de la nación bajo un orden social democrático y una economía capitalista de mercado. El adjetivo precario encierra la tensión entre este orden social y otros tipos de orden social donde las estructuras políticas son autoritarias y donde no se ha desarrollado un capitalismo moderno.²²

En esta cita hay pistas para la interpretación y para encaminar las mismas prácticas políticas. Hay un punto central que se debe enfocar y es el del autoritarismo. Los mismos jóvenes sienten y manifiestan este autoritarismo en todos los momentos y ámbitos de su vida; incluso es algo que no es privativo de los sectores más pobres. Cualquier sociedad

22 Duncan, G. *Los Señores de la guerra. De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Bogotá. Planeta Colombiana S. A. 2006. p. 35.

moderna no puede ser defendible si los ciudadanos no pueden tener condiciones de libertad; esto es demasiado sensible para los jóvenes, pero tiene que ser extensivo a todos los habitantes de un país. Qué juventud puede ser juventud si se tiene que estar sometido a los abusadores del poder. Esto también tendrá que ser lo que distinga a cualquier moderno ahora y en el futuro y en cualquier edad.

Algo más; es pertinente considerar el planteamiento de Maffesoli:

(...) en oposición a lo político, que se presenta como la forma de lo unitario, propone la idea de lo *contradictorial*, concibiéndolo como una condición de contradicción no superada, y no superable, al interior de la cuestión social. Ese pensamiento se sustenta en el hecho de que no todo puede ser incorporado a un solo esquema dominante, sino que también el desorden ocupa su lugar, por lo que un exceso de regulación y control pueden resultar letales. Es decir, que la limitación principal de la política estriba en que al intervenir como control incide en la desactivación de la tensión vital, impidiendo que una comunidad determinada se sienta responsable de ella misma y pueda garantizar así su propia 'conservación de sí' (Ballesteros, 1995, p. 292).²³

Haría falta insistir en algo, para explicitar que las responsabilidades se pueden asumir en condiciones civiles, no tanto comunitarias. El asunto definitivo es el de la autonomía de los sujetos; lo público, la modernidad, son los espacios y los tiempos en que pueden converger todos, con sus culturas y morales, con sus criterios políticos; pero es más civil una sociedad en que cada uno es responsable de sí mismo y pide para él y para todos las mismas prerrogativas, los mismos reconocimientos y la misma dignidad. Claro, ya se entra en el campo de la ética.

El análisis de Maffesoli acerca de la socialidad posmoderna es importante, ya que la considera *como una práctica de resistencia al control social, basada en la centralidad y*

23 Aranda, J. Michel Maffesoli: Una sociología de lo banal. Contribuciones desde Coatepec, julio-diciembre, año/vol. V, número 009. p. 107. 2005. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca. México.

potencialidad de la vida cotidiana, que constituye el sustrato de toda vida social, y condición para el surgimiento de diversas colectividades.

“En la socialidad encuentra así su fuerza la astucia de las masas, marcada por una especie de pasividad activa, intersticial, subversiva, y no por un ataque frontal de cuño revolucionario, como planteaba el paradigma de la Modernidad”.²⁴

Incertidumbre y ciudadanía

En la Introducción al libro *En busca de la política*, se lee:

El problema contemporáneo más siniestro y penoso puede expresarse más precisamente por medio del término “Unsicherheit”, la palabra alemana que fusiona otras tres en español: “incertidumbre”, “inseguridad” y “desprotección”. Lo curioso es que la naturaleza de este problema es también un poderosísimo impedimento para instrumentar remedios colectivos: las personas que se sienten inseguras, las personas preocupadas por lo que puede deparar el futuro y que temen por su seguridad, no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exige una acción colectiva. Carecen del valor necesario para intentarlo y del tiempo necesario para imaginar alternativas de convivencia; y están demasiado preocupadas con tareas que no pueden pensar en conjunto, a las que no pueden dedicar su energía y que solo pueden emprenderse colectivamente.”²⁵

Se suponía, en la modernidad, que un Estado fuerte era el antídoto para toda incertidumbre ciudadana. Se ha insistido en este aparte del sentido Político, en que el Estado en Colombia llegó a un punto tal que no sólo no era garante de la seguridad, sino que tuvo que recurrir a delincuentes que manejaran su aparato coercitivo; no se trata de opinar sino de analizar y

24 Ibidem, pp. 93-113.

<http://oai.redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=28150906&iCveNum=2813>.

Consulta hecha el 10 de julio de 2007. p. 111.

25 Bauman, Z. En busca de la Política. Introducción.

http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Bauman_En_busca_de_la_politica.pdf
Consultado el 10 de julio de 2007.

esto puede ser corroborado con las noticias de prensa y con las citas de los juzgados. De todas maneras el presidente Uribe Vélez basó su programa de gobierno en la seguridad y para ello ordenó un monto significativo del gasto público a la financiación de la guerra. La cita del autor resume la postración y el desamparo en que se han visto sumidos los ciudadanos, sobre todo en la última década, y habría que sustentar si esta situación sí se ha modificado en el último lustro. De todas maneras y sin hacer enjuiciamientos, es un hecho que frente a esta realidad, tanto el Estado como los particulares confiaron su defensa y salvaguarda en manos privadas, de manera explícita o implícita, voluntaria o involuntaria.

Anota Zygmunt Bauman:

Hoy nos desplazamos hacia la privatización de los medios de asegurar-garantizar la libertad individual; si ésta es la terapia de los males actuales, está condenada a producir enfermedades iatrogénicas más siniestras y atroces (pobreza masiva, redundancia social y miedo generalizado son algunas de las más prominentes). Para hacer aún más compleja la situación y sus perspectivas de mejoría, pasamos además por un período de privatización de la utopía y de los modelos del bien (con los modelos de “vida buena” que emergen y se separan del modelo de sociedad buena). El arte de rearmar los problemas privados convirtiéndolos en temas públicos está en peligro de caer en desuso y ser olvidado; los problemas privados tienden a ser definidos de un modo que torna extraordinariamente difícil “aglomerarlos” para poder condensarlos en una fuerza política. La argumentación de este libro es una lucha (por cierto inconclusa) por lograr que esa traducción de privado a público vuelva a ser posible.²⁶

Diversidad de conflictos

Para terminar, es muy evidente para los jóvenes que el conflicto es parte de la vida y que los consensos no tienen que suprimir los conflictos, pero que sí pueden racionalizarlos.

26 Bauman, Z. En busca de la Política. Introducción.

Se puede observar que ellos reconocen una diversidad de conflictos, entre éstos, el del abuso del poder y el del ejercicio de la violencia como práctica particular, y no como fuerza represiva monopolizada por el Estado, los cuales sobreabundan y determinan los demás conflictos.

Es importante relacionar a los jóvenes con la construcción de la sociedad civil y con la consolidación de lo público. En las circunstancias actuales, las políticas de juventud se refieren a individuos que están en la transición entre la adolescencia y una primera madurez, que coincide con alcanzar la mayoría de edad. Entre los muchachos que participaron en la investigación algunos eran menores de edad, otros llegaron a los 18 y muchos ya pasaban esta edad. A propósito, y merece un tratamiento especial, es muy grave y denunciado el asunto de los menores guerreros, así como el de otros directamente delincuentes en una amplia gama.

Sería pertinente confrontar los grupos de edad con la capacidad para intervenir en asuntos sociales, que no necesariamente tengan que ver con sus comunidades de origen, con vínculos ancestrales (como puede suceder en una comunidad indígena). Entre las personas que se consultaron, el caso de los ex combatientes en los frentes paramilitares tiene que ver con actuar en situaciones diferentes a las de sus hogares y comunidades, pero por fuera de la legalidad y en las empresas de la guerra, a la orden de los 'señores de la guerra'. Es interesante leer en sus testimonios que algunos de ellos añoran volver a su lugar de origen y cumplir los papeles tradicionales que tuvieron antes de incursionar en los combates, como si la guerra hubiera sido una entretención, como si no los hubiera marcado para siempre o, peor, como si al cabo del tiempo, después de procesos de reinserción, cuando no se les cumplen las promesas o cuando no tienen alternativas, se reincorporan a la lucha y a la delincuencia. El problema está en que ellos mismos, a través de las organizaciones ilegales, en muchos casos, alteraron de manera definitiva e irreparable la condición de sus familiares y de sus pueblos; por ejemplo, cuando se ha dado un desplazamiento masivo o se han roto los imaginarios, los sistemas de signos culturales. En cambio, hay que resaltar que los jóvenes de Pereira, de El Rosal, tienen

un claro protagonismo que incide en sus barrios y en sus grupos de pertenencia familiar, pero que están enmarcados en lo social, en la justicia y en las reivindicaciones frente a la inequidad.

Habría que ver si las propuestas estatales responden a las expectativas de los jóvenes, o si ellos, ya no necesariamente en condición de jóvenes, se involucrarán con lo público y podrán incidir en el replanteamiento de la política, y si podrán tener acceso real al poder, que coincida con oportunidades para el trabajo, la formación, la realización social y económica.

Pero estos narradores también se ocupan de otros conflictos que son profundos y que tienen dimensiones culturales, simbólicas, psicológicas y de comportamiento, y que representan grandes dificultades y obstáculos para el desarrollo personal y para interactuar en sociedad. Es importante hacer énfasis en esto, para oponerse a visiones simplificadoras del conflicto; o a las que confunden unos conflictos con otros; o a las que estigmatizan lo conflictivo y sobre todo ante quienes asumen que la paz es ausencia de conflictos, especialmente de índole político.

Lista de referencias

- Aranda, J. (2005). Michel Mafessoli: Una sociología de lo banal. *Contribuciones desde Coatepec*, 009 (V), pp. 93-113.
- Bastenier, M. (mayo 1 de 2011). Una nueva Colombia para América Latina. *El Espectador*. Recuperado el 5 de mayo de 2011, de:
<http://www.elespectador.com/impreso/opinion/columna-266343-una-nueva-colombia-america-latina>
- Bauman, Z. (2001). En busca de la Política. Introducción. Recuperado el 10 de julio de 2007, de: http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Bauman_En_busca_de_la_politica.pdf.
- Calle, A. (2006). Aproximaciones primeras al concepto de 'texto' desde la semiótica, la lingüística y la hermenéutica. *Escribanía*, 16, p. 43.
- De Sousa-Santos, B. (1998). De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad. Bogotá, D. C.: Siglo del

- Hombre Editores, Ediciones Uniandes, Universidad de los Andes.
- Duncan, G. (2006). Los Señores de la guerra. De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia. Bogotá, D. C.: Planeta.
- Mesa, J. et al. (2009). Ética, política y ciudadanía. Bogotá, D. C.: Siglo del Hombre Editores, Universidad de Manizales, Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano-Cinde.
- Ong, W. (1999). Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra. Bogotá, D. C.: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Quaderns de comunicació i cultura*, 25, pp. 189-207.
- Serrano, E. (1998). Consenso y conflicto. Schmitt, Arendt y la definición de lo político. Centro de Estudios de Política Comparada. México, D. F.: Peninsular.
- Tugendhat, E. (1997). Lecciones de Ética. Barcelona: Gedisa.
- Uribe, M. & López, L. (2003). Las palabras de la guerra. El mapa retórico de la construcción nacional. Bogotá, D. C.: Siglo XIX.